

Domingo Vigésimo Séptimo del Tiempo Ordinario C 3 de Octubre de 2010

“Auméntanos la fe”

San Lucas, al final del capítulo noveno de su Evangelio comienza a narrar el gran viaje de Jesús a Jerusalén, ciudad donde culminará su misión con su pasión, muerte y resurrección.

Jesús, emprende con sus discípulos este largo viaje, en el que los va instruyendo y recordándoles las exigencias del seguimiento y de la tarea apostólica. Las enseñanzas de Jesús recorren todos los campos de la existencia cristiana: oración, sinceridad, pobreza, servicio, desprendimiento, conversión, humildad, corrección fraterna, responsabilidad y sobre todo amor.

Los apóstoles van comprendiendo las exigencias que comportan el seguimiento y la adhesión a Jesús. Por eso le piden: “Auméntanos la fe”, porque solo con buena voluntad no es posible responder a esa llamada.

El poder extraordinario de la fe, como confianza inquebrantable en Dios, es la que garantiza un seguimiento sincero y entusiasta. La fe no es simplemente creer lo que no se ve, sino una adhesión responsable y personal a Cristo. No se reduce a un conocimiento teórico de unas verdades sobre Dios y sobre Cristo. Es una opción fundamental y radical por Dios, fiándose totalmente de El. Un compromiso capaz de orientar, al estilo de Jesús, toda nuestra vida: mente, corazón y conducta, las relaciones humanas, el amor, el trabajo, la vida y la muerte. Compromiso personal como respuesta a la iniciativa de Dios que sale a nuestro encuentro buscando una relación filial amorosa y salvadora. Es como dejarse atrapar por Dios. Así lo entendió Jeremías: “Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido” (20, 7), por eso podemos decir no que tenemos fe, sino que la fe nos tiene. El que tiene una cosa la domina, la controla, la usa cuando le conviene. La fe nos tiene a nosotros como el enamoramiento tiene al enamorado, lo habita por dentro, lo cambia, lo potencia, lo impulsa a vivir de una manera nueva.

Por la fe Cristo nos tiene. Incuestionable es el testimonio de san Pablo: “Vivo... no yo, Cristo vive en mí. Mi vivir humano de ahora es un vivir de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20). Así la fe provoca un cambio, un vuelco en nuestra escala de valores y en nuestra manera de vivir. Ahora se entiende la súplica de los apóstoles: “Auméntanos la fe”.

Vivimos muchas veces la fe como un deber, una imposición, no como una relación personal con Dios como consecuencia de un encuentro vital. Como imposición la fe

se hace una carga pesada y, con facilidad, se convierte en una actitud mercantilista con Dios, buscando beneficios o favores concretos. La fe no es tener a Dios a nuestro servicio, sino ponernos nosotros plenamente a su disposición, fiándonos de El, acatando su palabra y su voluntad que siempre serán manifestaciones de su amor de Padre. Después de haber realizado cuanto podemos al servicio de Dios y de los hermanos, tenemos que decir: "Somos pobres siervos; hemos hecho lo que teníamos que hacer".

Con una fe sincera y personal es como se puede ser fiel en el seguimiento de Cristo, y las exigencias que ese camino impone no serán una carga insoportable, sino el medio más seguro para caminar con fidelidad. Los apóstoles piden que les aumente la fe, piden cantidad. Jesús responde poniendo por delante la calidad: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza..."

Hagamos, con sinceridad, nuestra la súplica de los apóstoles. Necesitamos creer con más convicción, más realismo, más alegría. Pasar de una fe heredada y sociológica, a una fe personal, creyendo que Cristo y el Evangelio tienen fuerza salvadora y liberadora que nos puede ayudar a realizarnos mejor como personas, y a construir una sociedad más justa, fraterna y humana. No para encerrarnos en las Iglesias.

Joaquin Obando Carvajal